

Tomemos el caso de la fertilización in vitro. Lo que generalmente preocupa a los medios científicos y médicos es el grado de eficacia que el procedimiento alcance, así como la seguridad psicológica de la madre y el impacto sobre la convivencia civil. La Iglesia Católica se pregunta sobre el significado del procedimiento, sobre su sentido. Porque el acto conyugal que engendra un hijo es fundamentalmente un acto de relación entre personas, entre un hombre y una mujer. El procedimiento que fecunda un huevo en el laboratorio es una cadena de pasos tecnológicos. Un poco de reflexión muestra que se trata de dos formas enteramente distintas de encarar el problema de la procreación. Sabemos que cada uno de los pasos de la técnica puede ser moralmente objetado, pero se pretende justificar esas transgresiones en nombre del fin perseguido. No se trata sólo de que el fin no justifica los medios. Se trata también de que esos medios no lícitos están encadenados en un procedimiento técnico, y pueden entonces ser sustituidos por otros que sean más eficientes: si no son buenos los espermatozoides de los que se dispone ¿por qué no se podría usar otros, de un "dador" distinto?. Si los óvulos no son buenos, se tratará de buscarlos mejores; si el vientre no es adecuado, no hay por qué no hallar un sustituto, un vientre de alquiler o de préstamo; si son demasiados los embriones, se los puede seleccionar y desechar los que no "sirven". Habrá por supuesto que encontrar algún sistema legal que resguarde a la sociedad de algunos excesos peligrosos para la convivencia social: por ejemplo, será inconveniente que se use el semen de un solo individuo en muchos ensayos con mujeres diferentes, porque se arriesga producir parientes consanguíneos ignorados en número indeseable. Pero más allá de precauciones como esa, no hay para qué ir. Lo que ocurre es que en vez de procrear un hombre, se está produciendo industrialmente un ser humano; y la ley de la producción es la eficiencia. Lo que vemos aquí es que en su punto más sensible, que es el de la generación de una nueva vida, el ser humano se ha hecho objeto de la técnica, ha dejado de ser mirado como persona. No es el momento de entrar en esto en profundidad, sino sólo de señalar que detrás de la técnica médica hay aquí una nueva mirada sobre el hombre, que se transforma en objeto de manipulación técnica sin otras reservas que las del consenso o la conveniencia social. La ciencia ha mostrado que no es neutra frente a la realidad humana, por el contrario: si no mira al hombre entero, lo desintegra. Si mira al hombre entero, todos los adelantos de la ciencia son benéficos, son positivos, son enriquecedores de la vida. Si mira a un hombre fragmentado, todos los adelantos son peligrosos, son ambiguos.

Como otro ejemplo, recordemos el empleo sistemático y masivo de los métodos químicos, hormonales, para regular la natalidad. Esto no es un mero asunto de eficacia técnica, sino que supone una manera distinta de mirar la unión conyugal, y por lo tanto una manera distinta de mirar al ser humano. De nuevo lo mismo, que en este caso fue denunciado de modo elocuente por Pablo VI en *Humanae Vitae*. La disociación tecnológica del aspecto unitivo y el aspecto procreativo en la relación entre el varón y la mujer, significa introducir un concepto nuevo de sexualidad, y por lo tanto de humanidad, y obliga a inventar una serie de criterios de valoración para las relaciones de los sexos que partan de la base de que el sexo, esa fuerza primordial de la naturaleza humana ha perdido su sentido básico y se ha disociado del ejercicio integral de la vida personal. Se produce necesariamente una revolución de las relaciones

sexuales. Lo que se llama una liberación sexual, o el sexo seguro no es más que el desprenderse del sexo de la integridad de la persona, de su responsabilidad, su inteligencia y su voluntad, y la provocación consiguiente de la desintegración en la noción misma de la persona.

En cada uno de estos casos, la voz de la civilización tecnológica nos habla de adelantos; la voz de la humanidad nos habla de distorsiones, de mutilaciones. Y este contraste se debe justamente a que hay una diferencia entre mirar al hombre como un objeto de cualquier posible modificación técnica que a él le parezca útil o deseable, y mirarlo como una criatura racional y libre que debería ser el señor de la técnica. El buen sentido dice que esta modificación de la mirada sobre el hombre entraña el más explosivo ingrediente en la vida social. Al cambiar así la noción de hombre, tiene que cambiar la sociedad, tienen que cambiar radicalmente las formas de convivencia social, y no podrán hacerlo sino en el sentido de hacer al hombre cada vez más esclavo de sus técnicas, cada vez en mayor medida un objeto elaborado por sus propias tecnologías. Esta tecnificación de lo reproductivo y lo sexual, es la antesala de la esclavización del hombre.

Estos dos problemas que he mencionado, el de la fertilización artificial y el de la sustitución del control voluntario de la vida sexual por un control químico u hormonal, son problemas de los últimos treinta años. El momento histórico tiene sin embargo otra dimensión que es la del futuro. Hay grandes problemas nuevos que están surgiendo en el horizonte. El problema de la manipulación genética ya es una realidad incipiente. El conocimiento del genoma humano, será una realidad en los primeros años del próximo siglo. La marcha del progreso científico y tecnológico es acelerada, vertiginosa a ratos. El buen sentido y la pasada experiencia nos dicen que todos esos adelantos pueden ser positivos, si se los aborda con un idea integral del hombre; pueden ser destructivos - y hasta un punto que no podemos siquiera imaginar - si se los aborda con una idea mutilada del hombre. Y por lo mismo, el solo anuncio de esos adelantos exige una reflexión metódica sobre ellos, sobre sus implicaciones para el destino humano. En suma, un gran trabajo intelectual anticipativo.

Una Academia Para la Vida persigue entonces centrar la reflexión sobre todos los adelantos científicos y técnicos que toquen a la vida humana, precisamente desde la perspectiva de la persona que vive, desde la perspectiva de la totalidad del hombre, que no puede dejar de ser una perspectiva teológica, antropológica, moral.

Es en ese sentido que la Academia es interdisciplinaria, porque un hecho tan complejo como es la vida no se puede encerrar en los límites de un solo método, de una sola disciplina. Todavía, es interdisciplinario de un manera especial, porque Su Santidad ha querido incorporar a ella a personas cuyo compromiso con la vida se ha manifestado no sólo por sus estudios sino por sus acciones concretas en su defensa, y promoción, como para recordar que el problema de la vida humana no es un problema meramente especulativo, sino que un compromiso urgente de la humanidad.

Igualmente importante que su interdisciplinariedad, es el carácter mundial de la Academia, formada por individuos de diversos continentes, que aportan cada uno una experiencia distinta sobre los problemas que nos corresponde abordar. No se presenta bajo iguales modalidades la presión de la cultura de la muerte en los países industrializados y en los países pobres. Creo que cuando después de la muerte del Profesor Jerome Lejeune, S.S. quiso nombrar como presidente de la Academia a un chileno, esto es a un hombre que vive muy lejos, casi en otro extremo que Roma, quiso enfatizar ese carácter internacional, mundial del nuevo organismo.

¿Cuál es el destino del trabajo de la Academia?. Estos estudios hechos en óptica interdisciplinaria están destinados a ser informados de manera clara y oportuna a los responsables de la Iglesia, de las diversas instituciones de ciencias biomédicas y de organizaciones socio-sanitarias.....Así lo señala el primer artículo del estatuto de la Academia, donde se prescribe además la obligación de dar formación para una cultura de la vida dentro del respeto al magisterio de la Iglesia. La tarea involucra entonces una gran responsabilidad. No se trata de estudios que hayan de emprenderse como disociados e independientes de la gran obra pastoral de la Iglesia en el terreno de la promoción de la vida. Se trata justamente de estudios que aporten el caudal de la información científica para ayudar a Magisterio y para ayudar a nuestros hermanos en la fe y a hombres de buena voluntad para esta gran tarea.

¿Cuál es el sentido general del trabajo de la Academia?.

Tengan ustedes en cuenta que la primera sesión del Consejo Directivo de la Academia pudo realizarse sólo a mediados de Junio de este año, hace poco más de dos meses. Se explica entonces que no tenga trabajo realizado que presentar, y que aun los planes de trabajo futuro tengan un carácter embrionario.

Entonces me parece oportuno ahondar un poco en cual es la orientación que ha de presidir las labores futuras, algo de lo cual se puede entender ya de lo que he dicho.

Para captar el sentido de la Academia, sería necesario apoyarse directamente en las palabras de S.S. el Papa.

Su Santidad instituyó la Academia por una carta "motu proprio" titulada "mysterium vitae" - el misterio de la vida. Son las palabras con las que se inicia el documento y las palabras iniciales de un documento pontificio se escogen siempre con gran deliberación, para que ellas expresen algo muy esencial del contenido. Por eso, quisiera, para explicar algo de la Academia, tomar pie justamente de esas dos palabras: Mysterium Vitae.

Misterio.

La palabra "misterio" es central en el cristianismo. Hablamos del Misterio de la Trinidad, del Misterio de la Encarnación, del Misterio de la Cruz. Pero al hablar así no lo hacemos sólo porque se trata de realidades que sobrepasan nuestra razón, sino por

algo mucho más profundo. Al fin y al cabo, hay muchas cosas que no entendemos, cosas que guardan sus secretos - y no las llamamos misterios en el mismo sentido de los que he mencionado.

En esos misterios de la fe, el hombre toca - por así decirlo - el mismo ser de Dios que se revela. Un misterio es una manera en que la fuerza de lo divino se le manifiesta al hombre - no ciertamente a su análisis racional, sino requiriendo, exigiendo a la totalidad del hombre, reclamando su amorosa aceptación y su fidelidad.

Hablar entonces del "misterio de la vida" equivale a decir que la vida es "sagrada", que ella tiene la realidad, la consistencia de las cosas en las que Dios se revela. Como ustedes saben, este carácter sagrado de la vida humana, ha sido puesto de relieve innumerables veces por Su Santidad; y el Santo Padre lo ha vuelto a recalcar como un encargo a la Academia, con ocasión de la primera reunión de su Consejo Directivo en Junio.

Lo que estoy diciendo es que la vida es sagrada, porque en ella se manifiesta, se revela, Dios mismo.

Pero ¿cuál es esa vida que es sagrada, que es modo de manifestarse del misterio de Dios, y que por esa manifestación se hace como fundamento de una nueva realidad?.

A esa pregunta contestamos resueltamente que estamos hablando de la vida humana.

Esta es una afirmación que en nuestro tiempo tropieza con fuertes resistencias, de parte de quienes quisieran que la vida humana fuera poco más que un dato biológico, o sociológico o psicológico, para ser manejado por la técnica y la ciencia.

Pero cada uno de nosotros al mirar hacia sí mismo sabe con certeza algunas cosas:

Yo sé que hay algo en mí, que es lo más profundo y auténtico que no es instrumento para nada ni para nadie, que tiene algo de un valor absoluto, que es un centro de conciencia y autodeterminación. Hay algo que no está en mis manos para que disponga de ello, sino que simplemente soy. No puedo mirarme como si yo fuera medio o instrumento para algo. Y al mismo tiempo sé que vivo junto a otros que son - cada uno de ellos - también algo absoluto, que no es instrumento para mí ni para nadie, que está dotado de conciencia y libertad.

Yo aspiro a una plenitud, a la felicidad. Ya sea que me encuentre en la cumbre de la vitalidad y la alegría, ya sea que me halle sumido en el tedio o en el dolor, no puedo vivir sin desear algo más, sin aspirar a ser más feliz. Nuestro corazón está siempre inquieto, incierto y dividido, porque en cada recodo del camino presiente una plenitud que no tiene, experimenta un deseo de absoluto que lo lleva a buscar la relación con otros que tienen también un valor absoluto, y que lo lleva a buscar aun sin quererlo, a un Absoluto que está más allá de los demás hombres y mujeres, y en el que intuye que

podría saciar su sed de ser feliz: Fecisti nos ad Te Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te...decía San Agustín.

En ese deseo de felicidad, reconozco lo absoluto de mi condición humana: porque nadie quiere ser feliz para algo; cada cual quiere simplemente ser feliz, ser más feliz que ahora, y cada vez, en cada nueva circunstancia se repite a sí mismo que quiere aquella felicidad que ahora no tiene.

Pero hay además algo que la más simple experiencia nos enseña. Tos las cosas que conocemos están en relación entre sí, pero el alma humana - única entre todas ellas - es en cierta forma todas las cosas, justamente por esa facultad de conocer, de conocerlo todo, por la que en el alma humana se recapitula, se refleja toda la grandeza de la obra de Dios. Hay un aspecto en el que percibimos que el alma humana es más grande, que todo el universo, porque es capaz de escudriñar todo, porque la mente humana es capaz de convocar, por una especie de acto soberano a toda la realidad para conocerla y juzgarla. Iluminado por esa misma luz, el hombre es capaz de amar, de actuar y de hacer, es capaz de encontrar la verdad y de adherir a ella por la libertad.

Si es verdad que cada uno de los hombres y mujeres es un valor absoluto, entonces no tiene nada de raro que la suprema realización del ser humano sea precisamente la relación con el otro, con su prójimo, que es también en cierta forma un absoluto, y que esa relación de encuentro sea el elemento decisivo de la vida humana. Y sabemos que esa relación de encuentro no puede ser auténticamente verdadera, sino en la medida en que ella me abra la relación definitiva y fundamental con el Otro, con mayúscula. El absoluto de la persona humana, es como el signo del absoluto de Dios.

Esto significa que la vida humana está dotada de una especial dignidad, y esto lo sabemos del modo más natural y espontáneo. Esa dignidad no se inclina, no le cede, a ninguna de las obras del hombre. ¿Qué pensaríamos de una ciencia excelente, que pareciera perfecta, pero que destruyera al hombre?. Nos parecería detestable porque entendemos espontáneamente que el hombre es más, infinitamente más que todos los productos de su espíritu, que todas las ciencias que ha creado, que todos los objetos que entiende e imagina. Sería una actitud reduccionista la de someter la dignidad del hombre y hacer de este un simple objeto de la Biología, o de la Psicología o de la Sociología, o de cualquiera otra creación humana. El hombre es el autor de ellas, y en el núcleo mismo, habría una contradicción en someter al autor al dominio, al juicio de sus propias creaturas.

Pero - y eso es obvio, pero siempre olvidado - esta realidad de la persona se da en un cuerpo, sometido a todas las leyes que investigan las ciencias. Es mucha la gente que quisiera mirar al cuerpo como un instrumento, como una especie de máquina con la cual yo puedo hacer lo que quiero, porque lo que haga con él no me compromete a mí, no compromete el núcleo mismo de mi persona. Y eso es un trágico error: somos en un cuerpo, y todo lo que hagamos en él nos compromete enteros.

Esas afirmaciones que se desprenden de una consideración puramente racional de la dignidad humana, reciben una confirmación, y una nueva luz por la Revelación de Jesucristo.

Eso es lo que recalca el Concilio Vaticano II al hablar de "el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma ", con palabras que ponen a lo humano en un sitio absolutamente especial.

En la fe conocemos cuál es la verdadera raíz de esta misteriosa grandeza del ser humano. Con palabras del Concilio, "sólo en el misterio del Verbo Encarnado se empieza a aclarar el misterio del hombre ". La realidad misteriosa del hombre recibe su luz de que en ella se manifiesta en forma perfecta, en que es como el lugar escogido para la más admirable de las obras de Dios, la más adorable de sus manifestaciones que es la Encarnación del Verbo de Dios.

Así, lo que la inteligencia podía columbrar sobre el hombre, se ve afirmado y sobrepasado más allá de toda medida imaginable por la acción de Dios que se revela a Sí mismo.

La fe nos muestra que la vida humana es más que digna, es sagrada porque es en ella donde ha escogido revelarse el misterio de Dios. La Revelación de Jesucristo nos dice que no nos hemos engañado al pensar bien, al pensar altamente el hombre.

Basta con mirar en torno a nosotros para darnos cuenta de que esa es una verdad que es urgente proclamar, porque este siglo que vivimos, tan rico en maravillosos progresos, tan fuerte para abrir nuevas perspectivas, para aliviar sufrimientos, para procurar placeres, es sin embargo un siglo que ha pensado y que piensa bajamente del hombre. Cuantas veces se lo mira como a una criatura sin trascendencia y sin sentido; un individuo para ser movido por la propaganda, para que sean halagados sus sentidos, para ser explotado o burlado, un mero instrumento del poder, y no sólo del poder brutal de la fuerza, sino de ese otro poder sutil que infiltra la sociedad inspirando valores antihumanos. Cuantas veces se piensa en el cuerpo como en una simple máquina, de tal forma que basta con que mis intenciones sean buenas para que el uso que le dé sea legítimo.

Cuando decimos que la vida humana es sagrada, y que queremos partir de allí, estamos afirmando que en todas nuestras consideraciones médicas, biológicas, psicológicas que se refieran al hombre, tenemos que partir del carácter absolutamente único, irreductiblemente único del ser humano, que en su condición espiritual y corporal está abierto a la relación con Dios y con los otros. La persona humana es como la cumbre desde la cual miramos todos los aspectos biológicos, médicos, psicológicos del hombre, y sabemos que esa perspectiva enriquece nuestra mirada sobre cada uno de esos aspectos. La perspectiva, la mirada, no cambia por cierto un hecho biológico: este sigue siendo el mismo; pero lo presenta bajo un ángulo distinto, con un significación diferente, revela cual es su modo de inserción en la realidad global y nos permite determinar las condiciones bajo las cuales es lícito y positivo utilizarlo.

La institución de la Academia responde a una necesidad impostergable del pensamiento moderno: y es la de recuperar para el hombre su sitio verdadero. El hombre no es una cosa, un objeto entre los demás objetos, al cual se le puedan aplicar para juzgarlo los criterios y las formas de acción que se usan con los objetos. El hombre tiene esa propiedad especialísima que es su dignidad: y la Iglesia sabe y proclama que la dignidad del hombre está inseparablemente unida a su condición de creatura de Dios. Cuando el hombre se sabe creatura, se sabe regido por la Ley de Dios, entonces rescata su propia dignidad. La corrompe en cambio cuando reclama una condición que no tiene, cual es la de dueño de su propio destino y del destino de los demás. Pero para iluminar esa condición en todas y cada una de las nuevas situaciones que se van planteando por el progreso científico, la Iglesia necesita del concurso de los especialistas, de los estudiosos que están dispuestos a prestárselo en esa misión de rescatar la dignidad humana.. Entre esos cuerpos está este de la Academia para la Vida.

En el Motu Proprio "Mysterium Vitae", S.S. recuerda como los estudiosos están estimulados por las extraordinarias posibilidades de investigación que el progreso de la ciencia y de la técnica les ofrecen a sus trabajos, y como están empeñados en una nueva situación, la cual al mismo tiempo que abre perspectivas fascinantes de intervención en las fuentes mismas de la vida, plantea interrogantes numerosas y nuevas que son de orden moral y que el hombre no puede descuidar sin correr el riesgo de dar pasos quizá irreparables.

La Ciencia y la técnica han progresados tanto que dan hoy día un poder efectivo sobre algunos procesos fundamentales de la vida humana: así, sobre la reproducción; así también sobre la herencia, donde proyectos tales como el del genoma humano, están llamados a tener la más profunda influencia sobre la vida humana en sociedad. Pero quien tiene un poder, tiene una responsabilidad. Mientras más crece el poder, mayor es la responsabilidad. Mientras más complejas son las decisiones, mayor es la luz que se necesita para orientarse en ellas.

Y es evidente que las actitudes ante algunas de estas nuevas responsabilidades nos dejan inquietos. Nos deja inquietos la fuerte tendencia a deshacer la integridad de la persona humana. Eso es lo que se hace al arrancar los más fuertes instintos a su unión con la norma moral; eso es lo que se hace al separar la procreación de la unión conyugal; es lo que se hace cuando se le permite al interés social o particular decidir sobre la vida de un ser humano indefenso, ya sea un embrión o un anciano, o un discapacitado de cualquier forma y de cualquier edad. Es claro que todas estas desviaciones obedecen a desviaciones fundamentales en la visión del hombre. Entre sí estas desviaciones son a menudo coherentes: porque lo que pasa con ellas es que en el fondo desprecian al hombre.

Pero al mismo tiempo que esta concepción desviada del ser humano, agrava muchas de las cuestiones más urgentes, van naciendo en el horizonte problemas enteramente novedosos, nunca antes pensados, que surgen de la fantasía creadora de la ciencia, y

que deberían ser abordados desde la única perspectiva válida para los problemas morales que es la de la dignidad de la persona humana, dignidad fundada en su relación con Dios a través de Jesucristo.

La Iglesia que sabe de esto, debe por mandato de Cristo iluminar las conciencias de los hombres sobre las exigencias morales que brotan de su naturaleza, para que el progreso científico sea progreso humano, según el designio de Dios.

Corresponde ahora señalar los puntos de contacto de una institución como la Academia con la familia.

La familia es el santuario de la vida. Porque la familia es una comunión de personas, cada una de ellas dotada de su propia dignidad y unidas recíprocamente en una red de relaciones indestructibles, entre los esposos y entre estos y los hijos. Todo lo que he dicho sobre la vida humana tiene su centro, su sitio de nacimiento y de cultivo en la familia. Todo lo que aprendamos sobre la vida es ganancia para la familia y todos los peligros de los que podemos prevenir a la vida son peligros y obstáculos que apartamos de ese santuario que es la familia. Quien sirve la vida, a la vida humana, sirve a la familia.

Es en la familia donde primero repercuten todas las desviaciones que atentan contra la vida y que destruyen también a la familia.

La unión conyugal permanente, indisoluble, es la base de la familia. Ella comporta la relación responsable entre los esposos, y prohíbe la instrumentalización del sexo. Todo lo que se ha hecho para disociar los aspectos unitivos y procreativos de la unión conyugal, ha venido a resultar en un atentado a la familia. Por eso, al destruirse la integralidad de la persona humana con los slogans del sexo seguro, lo que se ha venido a romper es el lugar de desarrollo de la persona que es la familia.

En la familia nace la vida bajo dos aspectos que son esenciales a la persona humana: nace en primer lugar como un centro de conciencia y autodeterminación, como un destino individual que tiene su pleno derecho al desarrollo. Y nace al mismo tiempo a la relación con los demás. Desde que el hijo es acogido por su madre en la esperanza de la preñez, pasando por los instantes en los que la primera sonrisa materna despierta al niño a la vida de relación, acogiéndolo en este mundo de Dios, continuando con la educación de los afectos, de los sentimientos, de la vida comunitaria, es en la familia donde halla su expresión más auténtica la vida humana.

La familia es el sitio donde se dan la vejez y la muerte, donde el término de la vida terrenal está rodeado o seguido por la atención personal, por el cuidado y la solicitud de quienes apoyan los últimos momentos. Los ancianos y los enfermos son el testimonio de la caducidad del hombre, y por lo tanto el recuerdo del amor solícito de Dios. Tal como el hombre mira a la vejez, a la enfermedad y a la muerte es el modo como mira a la vida. De ellas puede huirse, como se escapa uno de la propia existencia y de sus responsabilidades; contra ellas puede uno rebelarse, cerrándose a la vida; o puede

aceptarlas como expresión de la aceptación de la condición humana y por lo tanto del designio de Dios sobre nosotros. Un mundo que rechaza a los ancianos, a los enfermos, a los moribundos, está diciendo que rechaza al hombre, que quiere seleccionarlo, que quiere quedarse con la parte del hombre que le convenga o lo halague, y que terminará disimulando su postura bajo el nombre siniestro de la eutanasia.

Ser santuario de la vida, significa ser el sitio espiritual de la unión entre personas; el sitio donde se procrean las personas; el sitio donde mueren las personas. Porque, y sobre ello insisto una vez más porque es el punto esencial: ni la unión, ni la procreación, ni la muerte del hombre son hechos biológicos o meramente psicológicos. Son como aspectos del Absoluto que se realiza en cada persona, en su destino irrepetible, y - como sabemos los cristianos - allí donde Dios ama a cada uno con un amor de predilección.

Para los animales se da el apareamiento; para los hombres la unión; para los animales se da la reproducción; para el hombre la pro-creación; para los animales se da la extinción de la vida; para los hombres el tránsito pascual.

Es por eso que yo creo que una ciencia que no entiende su condición de servicio a la persona humana puede ser desintegradora de la familia, por lo mismo que ella inducirá a todas las acciones que serían aplicables a cualquier ente biológico sin tomar en cuenta lo que es peculiar y decisivo en el hombre. Para una ciencia así no se hará problema con las interferencias artificiales en la procreación, con la eliminación de los nascituros, con la eutanasia. Una ciencia para la cual el hombre esté en el primer plano en su integridad de persona y de hijo de Dios, propondrá caminos de vida que respeten y promuevan a la vida.

La Iglesia ha estado siempre presente en el campo de la sanidad, de la salud humana. En este tiempo, ella ha creado un Pontificio Consejo para la Pastoral de los Operadores Sanitarios, cuyo Presidente. el Emmo. Cardenal Angelini nos visitó aquí en esta Universidad no hace mucho. Porque con ello la Iglesia da testimonio de su disposición benévola, amorosa hacia los que sufren. Su Santidad el Papa quiso que la Academia, que es un organismo autónomo, se relacionara con el Sagrado Magisterio a través precisamente de ese Consejo, como una expresión de que en nuestro tiempo, los problemas de la salud están imbricados con los problemas de la ciencia y de la técnica, y que todo lo que se adelante en estas tiene inmediata repercusión en aquella.

En el mismo acto en que la Academia sirve a la salud, ella sirve también a la familia, y en ella y por ella a la persona humana.

He querido explicar el por qué de la Pontificia Academia para la Vida; explicar en que consiste su misión; como ella está al servicio de la Iglesia en la misión de pésta de promover y salvar al hombre entero; como quiere ayudar a que se ponga la ciencia al servicio de la salud del hombre; como quiere ayudar a que el juicio sobre la salud de hombre rebase los límites de la pura tecnología y mire las cosas desde el ángulo de la

persona del hombre y la mujer concretos por quienes se encarnó el Verbo de Dios; y por qué en fin su preocupación por la vida que es preocupación por la persona, la liga de modo indisoluble al cuidado de la familia humana.

A ustedes que con tanto fervor y sacrificio, que con un esfuerzo apostólico sincero, que puestos los ojos en sus hermanos que son el rostro de Cristo en la tierra, sirven con tal entusiasmo a la familia, engendradora, custodio, santuario de la vida, a ustedes, mis hermanos en la fe, les pido muy encarecidamente su oración, para que esta Academia que da tímidamente sus pasos iniciales se haga digna de las esperanzas que en ella deposita el Papa, se haga digna del encargo recibido de dar, en el mundo del saber, el testimonio del Señor de la Vida.